

Michael Frank

LOS FABULOSOS FRANK

Una autobiografía

Traducido del inglés por Ismael Attrache

Título original: *The Mighty Franks*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Michael Frank. All rights reserved

© de la traducción: Ismael Attrache Sánchez, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-843-5

Depósito legal: M. 19.172-2017

Printed in Spain

*Para mis padres y (cómo no) para mi tía,
y en recuerdo de mi tío*

Omnia mutantur, nihil interit.
(Todo cambia, nada desaparece.)

OVIDIO, *Las metamorfosis*

Oído casualmente

«Lo que siento por Mike es algo fuera de lo normal —oigo casualmente que mi tía le dice cierto día a mi madre, cuando tengo ocho años—. Es algo más fuerte que yo. No lo puedo explicar. Es que es el niño más maravilloso que he conocido nunca, y lo quiero más que a la vida.»

Más que a la vida. Al principio me siento afortunado de ser tan querido, de haber sido elegido para recibir un amor tan enorme..., pero entonces me paro a pensar en ello. La verdad es que no sé muy bien qué significa eso de que te quieran *más que a la vida*.

¿Quiero yo así a mi madre? ¿Y ella a mí? ¿Es siquiera posible tal cosa?

Y ¿por qué yo, y no mis dos hermanos menores? ¿Qué tengo yo que ellos no tengan?

—Qué pena que no sea mío —suelta mi tía al cabo de unos instantes.

Desde donde estoy acucillado, en las escaleras del vestíbulo de entrada, noto que el clima de la sala cambia. Se hace un silencio largo y tenso entre las dos mujeres. Oigo cómo respiran, primero una y después la otra, en medio de ese silencio.

Están sentadas formando un ángulo recto, lo sé: mi tía en el sofá, mi madre en la butaca que queda al lado. Así es como

se colocan siempre en nuestro salón, no cara a cara sino de forma perpendicular, para no tener que mirarse a los ojos si no quieren.

—Qué pena que no tengas hijos propios —dice mi madre con tacto. Siempre tan en su papel de segundona, de tercera de los hermanos. Tan diplomática.

—Desde luego —añade mi tía en tono intenso y emotivo.

A lo mejor serías otra persona si los tuvieras.

Esto mi madre no lo dice, pero lo piensa, al igual que todos los miembros de nuestra familia. Pero lo que ha sucedido no es eso.

Esto sí.

Primera parte

El Apartamento

He estado mucho tiempo esperando junto a la ventana del comedor. Esperaba por las tardes, al volver del colegio, y también los domingos por la mañana. De vez en cuando aguardaba al borde del camino de entrada, porque desde ahí alcanzaba a ver un tramo más largo de la cuesta, casi hasta la parte superior. Cuando aparecía el Buick Riviera, con el guardabarros lanzando destellos y mostrando una enorme y ancha sonrisa metálica, notaba cómo la felicidad se apoderaba de mí; una felicidad que se mezclaba con una sensación de impaciencia y también de excitación, porque aquello implicaba que al cabo de pocos minutos mi tía iba a detener el vehículo y me iba a recoger para que corriésemos una de nuestras aventuras.

De todo el mundo, mi tía era la persona a la que yo siempre tenía más ganas de ver. A veces traía regalos, libros especiales o tesoros relacionados con los intereses particulares que mi tío, ella y yo compartíamos: arte y arquitectura, literatura, y, dado que ellos eran guionistas, pelis (*nunca* utilizábamos la palabra «película», que solo designaba el celuloide con que se hacían los largometrajes). Pero lo que me gustaba aún más que recibir cosas tangibles era salir por ahí con ella, solo, sin mis hermanos menores ni mis padres; estar a solas

con mi tía, recibiendo toda la intensidad de su atención, todas las ideas que se le ocurrían. Y con su conversación, que era como un río infinito que desembocaba en mí. Los ratos que pasábamos juntos eran «la monda». «Mike, la verdad es que eres la mejor compañía que una persona podría desear —decía—, no hay quien te supere.» Lograba que me sintiera inteligente sólo por el hecho de estar con ella, al escucharla, al aprender lo que tenía que enseñar, al contagiarme de parte de su chispa, de su brillo.

Ella y yo salíamos juntos con frecuencia porque mis tíos no tenían hijos y vivían a pocos minutos de nuestra casa, y porque guardábamos un parentesco doble. Había una estrofa que los niños aprendimos a recitar para aquellos momentos en que la gente nos pedía que explicásemos cómo era nuestra familia entremezclada:

*Un hermano y una hermana se casaron con un hermano y una hermana.
Como la pareja mayor no tiene hijos, la menor le presta los suyos.
Las dos familias viven a tres manzanas de distancia, en Laurel Canyon,
y las abuelas viven juntas en un apartamento al pie de la colina.*

Aquello no quedaba muy poético, pero lograba transmitir los datos y conseguía que la situación pareciera algo casi normal, como sucede a veces con las cosas resumidas.

La situación no era normal ni por asomo, pero, lógicamente, eso yo no lo sabía por aquel entonces.

Nuestra relación, según afirmaba mi tía, era «especial». Llamaba a nuestras dos familias «el alegre septeto», o, recurriendo a las palabras de mi abuela, «los Fabulosos Frank».

«Pero incluso dentro de este grupo general —me decía—, tú y yo somos algo distinto, cariño. Lo que hay entre nosotros es casi tan insólito como la relación que tengo con mamá. Tú y yo hemos llevado nuestros carromatos a un campamento secreto. Sabemos la suerte que tenemos. Somos las personas más afortunadas del mundo por habernos encontrado, ¿a que sí?»

Aunque no nos habíamos encontrado. Nos conocíamos de nacimiento por formar parte de la misma familia, por estar dentro de ella. ¿Cambiaba eso las cosas? ¿Era adecuado que un vínculo tan fuerte creciese en este terreno, y de esta manera? Mi tía me fascinaba demasiado para plantearme cualquiera de estas preguntas. Ella era el sol y yo su planeta, atrapado en una órbita devocional mediante una fuerza que me parecía mayor que yo, mayor que nosotros. Que podría denominarse gravedad. O alquimia. O embriaguez. O amor sin más. Pero qué amor tan poco sencillo era.

Oí el coche antes de verlo: el motor conocido que reducía la velocidad al llegar a Greenvalley Road..., el chirrido agudo que emitían las ruedas al describir ese giro amplio y preciso que llevaba al Buick justo al centro de nuestro camino de entrada... y después el claxon, cuya tonalidad cambiaba en función del estado de ánimo de la conductora. El jubiloso «pi-piii» que enseguida resonó por todo el cañón quería decir «Ven rapidito», que era el ritmo al que a mi tía siempre le gustaba hacer las cosas.

Salí a todo correr por la puerta de entrada; durante unos instantes me olvidé de mi omnipresente cuaderno de dibujo de la marca Académie y del estuche de lápices. Cuando ya había recorrido la mitad del sendero del jardín, me acordé y desanduve lo andado para buscarlos en el vestíbulo. De nue-

vo en el exterior, algo, cierta sensación, me llevó a mirar hacia atrás, en dirección a la ventana del comedor. Mis dos hermanos menores estaban observándome desde el mismo sitio en el que yo había estado esperando a mi tía. Me detuve el tiempo justo para distinguir la confusión de sus rostros. Luego me dirigí al coche.

Después de acomodarme en el asiento delantero, pero antes de que mi tía hubiera sacado el vehículo dando marcha atrás y de que emprendiéramos el camino, volví a echarle un vistazo a la ventana, donde mi madre se había unido ahora a mis hermanos; había apoyado una mano consoladora en el hombro de cada niño. En su cara no se apreciaba la menor confusión. El gesto estaba muy claro; para mí quería decir: «¿Por qué solo Mike, y por qué otra vez?».

Estábamos en los inicios de la década de 1970, y mi madre se había cortado toda la melena, que hasta poco antes su peluquera le amontonaba en lo alto de la cabeza, como si fuera un complicado pastel. También se maquillaba muchísimo menos. Cambió los vestidos, las faldas y las blusas por vaqueros y camisetas adornadas con coloridas cuentas, y empezó a poner música rara y nueva en nuestro tocadiscos, álbumes de Carole King, Joni Mitchell y The Mamas & the Papas; todos ellos vivían cerca de nosotros, en Laurel Canyon. Mientras limpiaba, cocinaba y cuidaba a mis hermanos menores, iba cantando:

*Pero tienes que crear tu propia música,
cantar tu canción especial.
Crear tu propia música,
aunque no la cante nadie más.*

«Pero ¿dónde está la gracia? —decía mi tía al oír esas palabras—. Qué poco estilo.» Mi tío y ella creían que Brahms era

el último compositor que formaba parte de lo que ellos denominaban «la flor y nata», aunque también consideraban flor (pero sin nata) a Irving Berlin y a los Gershwin, sobre todo cuando sus temas los cantaba Ella, cuyo apellido jamás mencionaban.

Ese reciente corte de pelo de mi madre fue la primera de las muchas evoluciones que se produjeron en su aspecto a lo largo de las décadas: su imagen fue cambiando con los tiempos, mientras que la de mi tía se quedaba anclada en 1945, el año en que había conocido a mi tío en la Metro-Goldwyn-Mayer, cuando ambos eran jóvenes guionistas.

Mi madre era baja: «Pequeñita y preciosa, así es nuestra Merona», afirmaba mi tía. «*Adorable*», añadía, pronunciando la palabra *à la française*, como si hablara de una niña o de una muñeca. Esos rasgos de muñeca de mi madre (por llamarlos de algún modo) habían ido desapareciendo lentamente desde que había tenido hijos, pero, en muchos sentidos, mi tía consideraba que Merona seguía siendo la tímida chica de trece años a la que había conocido a los pocos meses de que mi tío y ella empezaran a salir.

En mi tía no había nada que recordase ni remotamente una muñeca. Era una mujer alta, corpulenta, de cara redonda, de mirada incandescente; muchas veces la gente decía que era una persona formidable, aunque nunca con el matiz burión que estas personas sí transmitían cuando pronunciaban esta palabra con acento francés y, desde luego, jamás delante de ella. Yo la consideraba, ni más ni menos, el ser humano más mágico que conocía. Todo lo que tocaba, todo lo que hacía, se convertía en algo extraordinario, algo imbuido de una sabiduría especial y de una vitalidad apabullante que transformaba una conversación, una comida, una sala o un momento normales en algo lleno de embrujo. No solo me lo parecía a mí; para muchas otras personas, era toda una belleza,

en parte Rosalind Russell, en parte Lucille Ball (en morena), aunque ella, al describirse en tono socarrón (en aparente tono socarrón), decía que era una sempiterna adolescente demasiado alta y demasiado fea, con una nariz imperfecta que su madre había mandado «revisar» como regalo por su decimoséptimo cumpleaños. Su peinado subía mucho, muchísimo más de lo que llegó a hacerlo el de mi madre, largo tiempo antes de que se hiciera un moño. Se prendía flores o, de forma memorable, hojas en esas torres redondeadas, o las envolvía con pañuelos (de colores, de estampado de leopardo o de cebra, de cuadros escoceses), o las tapaba con boinas, gorros también escoceses, sombreros de campana o gorras de béisbol que elegía por su tonalidad, no porque sintiera ninguna afinidad con un equipo en concreto. Se maquillaba los párpados de azul o violeta y, bien entrada la década de 1990, aún se pintaba un lunar, propio de una *flapper*, en lo alto de la mejilla derecha. Llevaba una cantidad considerable de joyas, en un número cada vez mayor a medida que fue envejeciendo, muchas veces unidas en colecciones temáticas tan extensas como las colecciones de objetos de su casa, de marfil un día, de ámbar al siguiente; de coral, de oro, de plata, de cristal, de malaquita, de lapislázuli, de perlas o de azabache, en función de su estado de ánimo o de su ropa. En esencia, se trataba a sí misma como si fuera una superficie por decorar y, al igual que las otras superficies que decoraba, era imposible que el efecto final pasase desapercibido, jamás. Eso no sucedía, jamás.

Su capacidad lingüística era inimitable; a veces intimidaba. Soltaba torrentes de palabras que acababan fundiéndose en frases impecables, del mismo modo en que las gotas de lluvia acaban formando charcos. En las reuniones de guion era un as a la hora de resumir y presentar las historias. Se echaba hacia delante en la silla, con los codos en las rodillas, mien-

tras un pitillo Merit se le iba consumiendo solo en una mano, y se dejaba llevar. En quince, veinte minutos, frente a un público callado, narraba una película entera, desde el fundido de entrada al de salida, sin mirar ni una sola nota escrita.

Se ponía una colonia de hombre, de la marca Caswell-Massey, que compraba en los grandes almacenes I. Magnin. Cuando subí al coche, esta fragancia acre le salía a vaharadas del cuello; mi tía bajó una mejilla con colorete para que quedase a mi altura.

Le di un beso, y ella sacó lentamente el Buick del camino de entrada.

—Mira lo que hay detrás, Tesoro —me dijo.

Trasladé al asiento delantero un paquete envuelto y atado con un lazo, tan crujiente que parecía que lo habían metido en almidón.

—¿A qué esperas? Vamos, ábrelo.

El regalo era un libro titulado *Cuadros famosos*. Eché un vistazo a sus páginas. Cada capítulo se centraba en un tema distinto: paisajes, retratos, gente trabajando, niños jugando.

—Gracias, tía Hankie —le dije—. Es precioso.

La mejilla volvió a bajar. La volví a besar.

—Una cosita de nada para celebrar este sábado que pasamos juntos. —Me dio un codazo—. Estoy segura de que en el futuro serás artista, Mike. Estoy convencida. Todo lo que haces tiene muchísimo estilo. De verdad de la buena. Como si te hubieras tirado toda la vida aprendiendo cuestiones de estética.

Yo tenía nueve años.

—«Crea belleza en todo momento.» Es uno de los lemas de nuestra familia.

—¿Qué es un lema?

—Un principio que sigues. Con el que construyes tu vida.

—Crear belleza. En todo momento.